



MIGRACIÓN, TRABAJADORES RURALES Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL TERRITORIO EN EL ALTO VALLE DE RÍO NEGRO¹

Martha Radonich²

Ana Ciarallo

Verónica Trpin

Teresa Vecchia

Silvina Cardelli

Silvina Kopprio

Javier Grosso

Rocio Osorio

Resumen

El espacio del Alto Valle del río Negro históricamente expresó la tensión global-local, dado que desde principios del siglo XX, la actividad frutícola se orientó a la exportación. Esto generó dinámicos flujos de capital, de mercancías y de trabajadores rurales.

Al consolidarse esta producción se afianzaron las “chacras” como unidades productivas dominantes, al tiempo que en sus “márgenes” se formaron pequeños núcleos de población trabajadora. Estos territorios, próximos a las explotaciones, a orillas de los canales de riego -calles ciegas- o como barrios marginales de la zona urbana, constituyeron un patrón de organización espacial con características particulares. Los mismos se originaron por la radicación de familias de migrantes, en su mayoría chilenos que venían a levantar la cosecha y que finalmente se establecieron en la zona.

Estos espacios residenciales conviven con las organizaciones productivas mayores, en las cuales se emplean. Territorializarse, para muchos migrantes y sus familias, significó crear prácticas que les proporcionan efectivo “poder” sobre su reproducción en cuanto grupos sociales.

La imbricación en la larga duración de estos territorios relacionados con la migración y el trabajo en la fruticultura, permite mostrar la complementariedad de

¹ Este trabajo reúne materiales del proyecto “Trabajadores rurales migrantes y territorios frutícolas. Trayectorias laborales y migratorias en la provincia de Río Negro”. Grupo de Estudios Sociales Agrarios (GESA)-FADECS-UNCo

² Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue. radonich@uncoma.edu.ar

territorios para producción y territorios para la reproducción. Desde la visión de una construcción social del territorio se reconoce la importancia del proceso social de producción protagonizado por el trabajo.

El abordaje de la temática combina metodologías cuantitativas y cualitativas, procedimientos histórico-comparativo, estadístico-geográfico y estudio de caso, asimismo se triangulan fuentes primarias y secundarias.

Palabras clave: territorio, familias trabajadoras, fruticultura.

El Alto Valle de Río Negro como territorio frutícola

En el norte de la Patagonia, en el área de transición entre el clima templado y el semiárido, el Alto Valle del río Negro y del Neuquén se conjugan suelos fértiles y disponibilidad hídrica, estas condiciones ambientales ofrecen recursos de una gran potencialidad productiva.

Este oasis agrícola que se extiende en los valles inferiores de los ríos Limay y Neuquén hasta el valle superior del Río Negro, abarca una superficie aproximada de 100.000 has de las cuales tres cuartas partes pertenecen a la provincia de Río Negro y el resto a la provincia del Neuquén.

Este espacio se caracteriza por una marcada especialización en el uso del suelo, dedicado al cultivo de peras y manzanas cuya producción actual representa a escala nacional el 85% y el 74% respectivamente, con destino principalmente al mercado externo, al que se orienta el 78% de la producción, del cual el 32% es fruta fresca y un 46% está representado por productos industrializados destacándose los jugos concentrados. (Bendini y Pescio, 1993).

La producción de fruta fresca involucra en la Argentina el 3% de las exportaciones del sector Producción Primaria Agropecuaria y Manufacturas de Origen Agropecuario y el 7% del 53% que representa el Sector Agropecuario en el PBI, según datos del 2003. El volumen aproximado de fruta de pepita exportado en el 2002 fue de 509.000 toneladas³. Otros valores actualizados sostienen que en el año 2006 se exportaron 121.150 toneladas de manzanas y aumentó a 158.741 en el mes de mayo de 2007. Mientras, la pera continuó ganando mercado al pasar de 232.870 toneladas en el 2006 a 255.475⁴ en el 2007 (Trpin, 2007).

Una vez eliminadas las poblaciones originarias el capital inglés tempranamente explotó productivamente el área, acompañado por la extensión del Ferrocarril Sud, la apropiación privada de la tierra y la implementación de la infraestructura para riego. Si bien en un principio la línea férrea respondía a objetivos estratégicos, con el correr de los años el capital británico comenzó a organizar la producción frutícola para hacer rentable al ferrocarril, a través de sus subsidiarias, la Estación Experimental de la colonia La Picaza, la Compañía de Tierras y la Argentine Fruit Distributors, conocida como A.F.D.

³ Anuario Estadístico 2003 de la FUNBAPA.

⁴ Suplemento Rural. Diario Río Negro. 19 de Mayo 2007.

La creciente importancia del área se relaciona con un complejo proceso que tiene como hecho sobresaliente la incorporación de estas tierras al circuito productivo internacional, lo que ha orientado la constante incorporación tecnológica para responder a las exigentes demandas del mercado externo.

El Alto Valle se convirtió en un espacio de importante expansión económica en el que convergen actividades agrarias, industriales, comerciales, administrativas y financieras de la provincia de Río Negro. Ese dinamismo generó una notable demanda de fuerza de trabajo tanto en el ámbito urbano como en el rural, resuelta en gran medida por la migración proveniente del interior de las provincias de Río Negro y Neuquén, de otras jurisdicciones nacionales y de Chile.

La consolidación de la fruticultura como producción que vertebra la dinámica socio-económica delineó un territorio desde principios del siglo XX. Esta consideración se basa en los términos planteados por la geografía desde una perspectiva crítica en su preocupación por despojar la indagación de los espacios de determinaciones “naturales”. Desde estos aportes, un territorio constituye -en diferentes niveles de complejidad- un conjunto organizado de actores y recursos que interactúan dialécticamente; una realidad “construida” a partir de procesos complejos, que involucran interacciones sociales, dimensiones institucionales y culturales, y relaciones de poder (Radonich, 2004).

Ante la organización de este territorio dominado por la fruticultura y la presencia de flujos migratorios de diverso origen surge el interrogante acerca de qué otras territorialidades se organizaron en torno a la fruticultura por fuera de las tradicionales unidades productivas conocidas como chacras, en propiedad de los migrantes españoles e italianos transformados en “chacareros”.

Esta propuesta considera los territorios como totalidad al tiempo que resalta singularidad, focalizando los significados propios construidos por la experiencia vivida por la población. Así, el territorio dotado de significado permite comprender cómo pueden coexistir sentidos diferentes que reflejan homogeneización - fragmentación o integración-desintegración (Radonich, 2004). El espacio social, es configurado a partir de la interacción diacrónica de procesos endógenos y exógenos, y del accionar diferencial de los sujetos sociales. Es una realidad en permanente movimiento de territorialización, donde se conjugan procesos de apropiación y dominio, de subordinación y de resistencias activas que desarrollan los grupos sociales en un contexto determinado (Steimbregger, Kreiter y Radonich, 2006).

Haesbaert (2004) sintetiza que la noción de territorio encierra aspectos políticos, culturales o simbólicos, naturales y económicos. Apoyándonos en este último, observar la organización por parte de la sociedad en el espacio valletano como territorio permite comprender la dimensión espacial de las relaciones económicas y sociales. El territorio frutícola es considerado fuente de recursos y parte de las disputas entre clases sociales como producto de la división “territorial” del trabajo.

La antropología ha realizado aportes al indagar sobre el aspecto relacional del territorio -no sólo en el sentido de ser definido siempre dentro de un conjunto de relaciones histórico-sociales-, mas también en el sentido destacado por Godelier (en

Haesbaert, 2004), de incluir una relación compleja entre procesos sociales y materiales. Por ser relacional, el territorio es también movimiento, fluidez e interconexión. En síntesis, en un sentido más amplio, atravesado por la temporalidad.

En la fruticultura la apropiación diferencial refleja relaciones de poder: en la etapa actual del capitalismo el acceso al espacio productivo se restringe al dominio del gran capital (Radonich, 2004). A pesar de la preeminencia del capital sobre el trabajo, consideramos que el Alto Valle no es una unidad homogénea, sino un territorio en el que intervienen diferentes actores que construyen configuraciones específicas.

Migración y territorialidades de trabajadores

La movilidad espacial de la población fue una variable relevante en la construcción social del espacio valletano, movilidad que a partir del inicio del período agroindustrial estuvo protagonizado por la presencia de trabajadores chilenos como temporeros que llegaban a la zona para la cosecha de fruta. Esto afirmó la histórica vinculación entre los pobladores de la Patagonia Argentina y del sur del Chile. Con el transcurrir del tiempo parte de esos trabajadores se radicaron en el área.

En el paisaje rural del espacio objeto de estudio, la dominancia de las chacras, es matizada por espacios “residenciales” organizados por trabajadores rurales. Allí son observables relaciones que trascienden la dinámica laboral pero que constituyen parte de su reproducción como familias de trabajadores rurales. Atender estas particulares configuraciones protagonizadas por familias en su mayoría de origen migrante, permite visibilizar la acción humana que da forma a un territorio.

Resumir algunas de las características centrales de la fruticultura en distintas etapas, abre la posibilidad de historizar el carácter migratorio de los trabajadores rurales y su opción por organizar lugares de residencia en cercanías a sus lugares de trabajo y como una modalidad de asentamiento definitivo en la zona.

La etapa que coincidió con los inicios y auge de la fruticultura que se extendió desde 1930 a 1960⁵, se caracteriza por el comienzo de la especialización productiva en el espacio valletano con cultivo intensivo de peras y manzanas bajo riego. La estructura agraria se conformó con la presencia de pequeños y medianos productores y una organización social del trabajo que combinó trabajo familiar y mano de obra asalariada (Bendini-Radonich, 1999).

En sus inicios esta organización tuvo al aporte migratorio internacional. Por un lado, población de origen europeo con acceso a la propiedad de la tierra -base de expansión de los “chacareros”-, por otro, población oriunda de Chile que se insertó en la estructura productiva como mano de obra.

⁵ En el presente trabajo se respetan las etapas definidas para la cuenca frutícola del río Negro por el Grupo de Estudios Sociales Agrarios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue.

Con respecto a la migración transoceánica es importante resaltar que a partir de 1930 -asociada a la crisis económica de esos años-, en Argentina se había detenido bruscamente la entrada de migración. Si bien se reanudó en la segunda postguerra, no tuvo la significación que en otros períodos. Es por ello que el crecimiento de la población del Alto Valle durante 1930 se restringió a las posibilidades del propio crecimiento vegetativo y la de migración de otras zonas del país, en particular del interior de los territorios de Neuquén y Río Negro y desde países limítrofes, en este caso de Chile (Vapnarsky, 1983).

Como señalamos los trabajadores del país trasandino conformarían, mayoritariamente, la mano de obra asalariada ocupada en actividades agropecuarias como peones rurales y sin acceso a la tierra para la producción intensiva, situación que no se ha modificado hasta la actualidad.

Es importante señalar que desde fines del siglo XIX, se advierte la presencia chilenos asociada a la ganadería extensiva y al cultivo de alfalfa en la zona. “El hecho de constituir una fuerza de trabajo conocedora de las tareas rurales, pero generalmente sin acceso a la tierra, influyó en su temprana movilidad dentro de su país y desde éste hacia la Argentina” (Kloster y otros, 1992). Particularmente en el caso del Alto Valle, estos históricos desplazamientos tuvieron un carácter relativamente permanente.

Rama de Actividad Agrupada	Año de llegada a Argentina				Total
	Hasta 1969	1970-1979	1980-1989	1990-2003	
Primaria	1.117	1.063	1.208	379	3.767
Secundaria	608	945	612	24	2.189
Terciaria s/servicio domestico	964	1.339	925	191	3.419
Construcción	876	755	261	15	1.907
Servicio domestico	472	714	634	133	1.953
Sin información	30	80	23	0	133
Total	4.067	4.896	3.663	742	13.368

Tabla 1: Chilenos de 14 años y más ocupados por rama de actividad agrupada según año de llegada a Argentina. Alto Valle del Río Negro. Fuente: INDEC, 2003 Encuesta Complementaria de Migraciones Internacionales

La Tabla 1 refleja que la actividad primaria ha sido el principal destino de los chilenos, seguido del servicio doméstico. La identidad-étnico nacional de estos migrantes se convirtió en muchos casos en un recurso positivo que garantizaba trabajo incluso a generaciones argentinas calificadas y autocalificadas como “chilenas” (Trpin, 2004). Sin embargo, la inserción de los migrantes no puede

pensarse en términos ahistóricos, sino más bien como producto de los contextos internacionales, nacionales y locales.

Para el caso que nos ocupa, cabe recuperar los trabajos sobre migración laboral. La teoría de los mercados de trabajo dual identificada con Michael Piore (1979) permitió observar que las migraciones internacionales obedecen a una demanda permanente de mano de obra en las sociedades industriales avanzadas, que produce una segmentación en sus mercados de trabajo. Estas economías necesitan trabajadores extranjeros para ocupar los puestos que rechazan los trabajadores nativos. Los mismos estarían caracterizados por ser mal pagos, inestables, no cualificados, peligrosos y de poco prestigio.

Tal perspectiva comparte con la llamada teoría del sistema mundial la idea de que las economías altamente desarrolladas necesitan, insoslayablemente, de mano de obra foránea para ocupar lugares de trabajo en determinados sectores productivos. Desde luego, se sitúa en el mismo plano de los grandes procesos macrosociales. La explicación de la teoría del sistema mundial sobre las migraciones internacionales no reside tanto en esta demanda de trabajo, sino más bien en los desequilibrios generados por la penetración del capitalismo en países menos desarrollados. Sassen (1988) es una de las referentes más destacadas, y sus investigaciones concluyen que las migraciones refuerzan las desigualdades en lugar de contribuir a reducir las.

Suarez Navas (1998) considera que

“tanto porque los trabajadores migrantes ocupen puestos laborales no cubiertos por trabajadores autónomos o porque su presencia acelere los procesos productivos y aumente la demanda de fuerza de trabajo afectando su precio, la mano de obra migrante constituye un factor clave en la expansión de los procesos productivos. Y así contribuye a la expansión del sistema capitalista mundial” (en Benencia, 2006, p.140).

Desde estas últimas líneas de análisis es que situamos la presencia de mano de obra migrante en la fruticultura intensiva del Alto Valle de Río Negro, ya que, tal como sostienen Castles y millar (2004), quizá lo más característico del empleo de los inmigrantes es la creación de núcleos o la concentración en puestos, industrias y sectores económicos particulares.

Complementar los procesos “macro” involucran también el registro de la propia experiencia de los sujetos en los espacios en los que cuales se emplearon. Estas miradas se transforman en un desafío para analizar las territorialidades ampliadas, incluso dentro de la dominancia de producciones rurales de exportación.

En el Alto Valle, trabajadores chilenos que se desplazaron solos o con su grupo familiar, se radicaron definitivamente en el área rural. Esta población, sumada a los migrantes provenientes del interior de las provincias de Neuquén y Río Negro, se estableció conformando núcleos de población aglomerada. Ese proceso se refleja en ocupaciones de tierras fiscales, por lo general próximas a las explotaciones frutícolas, en zonas de rivera o como simples tiras de viviendas a lo largo de canales de riego, desagües o junto a algún camino vecinal del área rural. Resulta oportuno señalar que la disposición “lineal” muy frecuente en las localizaciones de la zona oeste de la zona, tiene relación con la escasa presencia de “áreas vacías” en el

interior de esa zona productiva, producto de la temprana y rápida privatización de la tierra.

En la mayoría de los casos la localización fue orientada por la cercanía a la fuente de trabajo, compartiendo en términos generales las características de vulnerabilidad propias de las localizaciones marginales respecto de la infraestructura social y de servicios de las zonas urbanas. El importante crecimiento de algunos de estas territorialidades derivó en su consolidación y reconocimiento por parte de los municipios.

Poseen particulares característica aquellos localizados en caminos vecinales, localmente denominados “calles ciegas”, dado que allí se ha conformado un mundo particular que encierra “relaciones sociales que se complementan y también escapan a la dominante dinámica frutícola. Las calles ciegas constituyen un espacio de producción y de circulación de bienes e información que atraviesa a las familias de inmigrantes trabajadores y la socialización de sus hijos” (Trpin, 2004: 16).

Se puede considerar la conformación de lugares de residencia en los “márgenes” de las chacras como parte del “proceso de territorialización” (Sánchez 1981:6). M. Santos realiza una importante contribución para comprender esta complejidad, particularmente desde el concepto de “territorio usado”:

“El territorio usado se constituye como un todo complejo donde se teje una trama de relaciones complementarias y conflictivas. De allí el vigor del concepto, convidando a pensar procesualmente las relaciones establecidas entre el lugar, la formación socioespacial y el mundo. El territorio usado, visto como una totalidad, es un campo privilegiado para el análisis en la medida en que, por un lado, nos revela la estructura global de la sociedad y, por otro lado, la propia complejidad de su uso” (Santos, M. en Haesbaert, 2004:59).

Los trabajadores rurales han participado a lo largo del siglo XX en la construcción de esos territorios que conviven con las organizaciones productivas mayores, en las cuales se emplean. Territorializarse, para muchos migrantes que llegaron a la zona atraídos por la demanda de mano de obra en la fruticultura significó generar prácticas que les proporcionan efectivo “poder” sobre su reproducción en cuanto grupos sociales.

En el estudio de la organización territorial protagonizada por familias de trabajadores rurales nos resulta ineludible recuperar algunos aportes de la sociología del trabajo. Especialmente nos interesa retomar aquellos autores que han complejizado el estudio de los trabajadores no sólo como sujetos económicos en sus lugares de trabajo sino como actores sociales cuya reproducción se dirime dentro y fuera de los espacios productivos.

A pesar que el campo de los estudios laborales en América Latina se inclinaron en forma dominante al abordaje de los procesos de trabajo y su articulación con las relaciones industriales, actuales investigaciones dan cuenta de una sociología del trabajo ampliada, manteniéndose la idea de totalidad. Las miradas sobre el trabajo que parten del proceso productivo se articulan con el mercado laboral, con la

reproducción social de los obreros, con su cultura en diversos niveles, se imbrican con las relaciones sociales que trascienden, en nuestro caso, el territorio dominado por la fruticultura.

En este sentido es que Enrique De la Garza Toledo y Castillo (2003) proponen un diálogo disciplinar, de modo de poder analizar las situaciones reales de trabajo, dentro y fuera de la producción, protagonizadas por los hombres y las mujeres en relación, no aislados sino en su devenir, en su constitución, en su historia como grupo, incluyendo la evolución del proceso de trabajo que lo contiene y condiciona.

Castillo resalta que desde los años setenta se produjo un regreso al estudio de primera mano del proceso de trabajo, una “revalorización de la observación directa, de los estudios antropológicos, de la observación participante” (Ibíd.: 49) de modo de poder comprender las prácticas y experiencias de los trabajadores y sus familias. Sostiene que las investigaciones que analizan la relación entre los espacios de vida y trabajo de los individuos y sus consecuencias en la subjetividad individual y social, se caracterizan por una perspectiva microsocial.

En tanto este proyecto se propone el seguimiento de las trayectorias migratorias y laborales de las familias que organizaron y viven en los distintos barrios y calles ciegas del Alto Valle, consideramos que constituye un desafío introducirnos en un marco de observación de la cotidianeidad. Esto permite explorar en las percepciones, vivencias y prácticas de los sujetos y las razones que los llevaron a construir un territorio lejos de su lugar de origen y por fuera de las chacras. Además, nos lleva a no limitar el análisis a un ámbito de acción privilegiado, sino rastrear las orientaciones de las prácticas en el mundo social más amplio, conformado por las relaciones familiares, de amistad, de vecindad, de género y vínculos intergeneracionales.

La reproducción de estas familias se desarrolla como parte de su condición de clase trabajadora en contextos de bajos salarios e inestabilidad laboral, combinando la opción de emplearse en las chacras al tiempo que criar animales domésticos, mantener una huerta, abrir y mantener despensas o “boliches” y negociar con los municipios el acceso a servicios. Considerar el sostenimiento de estas relaciones como “estrategias” de una política doméstica de reproducción supone, según Gabriela Schiavoni (1995), apelar a una noción cuyo uso en ciencias sociales no es unívoco ya que involucra concepciones que atienden la dimensión de cálculo racional presente en el proceso de elección, o que observan el margen real de elección que tienen los actores. Bourdieu (2007) por su parte instala el concepto de práctica que supone la existencia de estructuras de opciones históricamente determinadas y alude al concepto de estrategias.

El concepto de estrategia incorpora dimensiones múltiples en la tensión macro-micorsocial que a la vez permite comprender los comportamientos de las familias como totalidad y que incorpora no sólo aspectos económicos sino también las instancias ideológicas, culturales y políticas constitutivas de lo social. (Hintze, 1987). En el análisis de las estrategias, el foco son las familias, quienes asignan papeles a sus integrantes y de esta manera producen respuestas a las condiciones estructurales que se le imponen. Sin embargo, las prácticas de reproducción social

exceden el ámbito de las relaciones familiares, incluye a las que se establecen con el barrio, con el Estado, con otras instituciones, “de manera de dar cuenta del mundo de relaciones sociales y económicas en el cual están inmersos los grupos domésticos”. (Cariola, op.cit.).

La organización de territorios en los que residen familias trabajadoras puede analizarse en este sentido, en tanto desarrollan en la apropiación y uso del espacio ocupado prácticas sociales diferenciadas, realizadas consciente o inconscientemente por individuos y familias, para conservar o aumentar su patrimonio y al mismo tiempo mantener o mejorar su posición en la estructura de relaciones de clase.

Tal como sostienen los autores antes citados, “el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, además de cubrir el desgaste físico y psicológico del trabajador, en tanto individuo, abarca también su reposición generacional, y debe ser remitido a la reconstitución del conjunto de capacidades en el nivel societal” (De Oliveira y Salles, 2003: 629).

Las características que asumen los procesos de trabajo y de producción son relevantes para entender la manera en que se reproduce la fuerza de trabajo, con características específicas en términos de calificación, docilidad, adaptabilidad, rotatividad y eventualidad en sus lugares de trabajo. Pero también los rangos que asumen la organización familiar y los mecanismos de socialización, aprendizaje y control que se dan en las unidades domésticas, constituyen elementos necesarios para comprender la relevancia de los espacios estudiados en la dinámica de las relaciones entre capital y trabajo en la fruticultura.

En nuestro estudio, algunos vecinos de los barrios argumentan su opción por vivir en los barrios rurales luego de experimentar la combinación del trabajo y la vivienda dentro de las chacras. Esta experiencia es signada por muchos por el control. Gabriel Saldía, un trabajador chileno residente de una calle ciega manifestó que:

“los patrones no te dejan hacer nada; ya porque se hace daño la fruta, al patrón le parece todo mal; no dejan tener ni unas avechitas y te controlan todo el día. Yo opté por no ser humillado y me fui a una “rancha”. Hay mucho abuso de los chacareros⁶”.

Para muchos trabajadores, estas territorialidades constituyen una alternativa residencial que permite a sus familias controlar el proceso de producción de algunos bienes de consumo e intercambio, romper los lazos de dependencia y subordinación que experimentan las familias de chilenos que viven dentro de las chacras.

Nuestros y nuestras informantes presentan como explicaciones de la residencia en estos barrios las posibilidades de realizar actividades productivas para el autoconsumo y poder “escurrirse” luego de la jornada laboral de la presencia del patrón. Cabe resaltar cierta preocupación por la vivienda en caso de quedarse sin trabajo o jubilarse: si se reside durante toda la vida laboral en las chacras no existe la posibilidad de acceder a un espacio en el cual “reponerse generacionalmente”. Tener control sobre la posibilidad de garantizarse y garantizarle a su familia un “territorio”

⁶ Entrevista realizada el 4 de octubre de 2001.

en el que perpetuarse más allá de vida laboral activa forma parte de la reproducción social, esa es una de las razones por las que se recurre a la residencia en las calles ciegas o en los barrios rurales.

En el barrio Perón de Cinco Saltos, Leonor -una chilena que residió en chacras y desde hace más de 25 años construyó su casa en el barrio- señala con orgullo el cuidado que tuvo de garantizarle a cada uno de sus hijos un “terrenito” al lado del suyo. Dos de sus hijos trabajan y viven en chacras del Alto Valle, pero fueron haciéndose su vivienda, incluso con aportes de planes estatales, para “cuando no trabajen más en la chacra”, “igual vienen acá los fines de semana”, comenta Leonor.

En algunos de los barrios relevados se observa la continuación de la ocupación de tierra por parte de la descendencia migrante en terrenos lindantes al espacio en el que se criaron. Acceder a estos espacios no coarta la reproducción como asalariados rurales, más bien la refuerza, incluso es usada como bandera de reivindicación ante el Estado, tal como se observó en el barrio Chacra Monte de Gral. Roca. Sobre este caso se avanzará en el siguiente apartado.

Algunos casos identificados

La localización de los territorios construidos por migrantes y trabajadores rurales están vinculados al espacio rural, situación que se fue modificando con la reestructuración productiva, los cambios tecnológicos y el proceso de urbanización que caracterizó al espacio valletano en las últimas décadas. Entre los más reconocidos núcleos de población a lo largo de un área de aproximadamente 110 kilómetros que ocupa el Alto Valle pueden mencionarse casi 30 barrios y calles ciegas en distintas localidades ubicadas alineadamente a lo largo de la Ruta Nacional 22. En las ciudades que se mencionan a continuación, fueron observados distintos asentamientos a partir de salidas de campo, algunos de los cuales se encuentran también registrados en documentos de la Autoridad Interjurisdiccional de Cuenas (AIC):

- General Roca: La Ribera, Mosconi, Chacra Monte, Paso Córdoba, Barrio Canale, Barrio Mar del Plata, Barrio La Unión, Barrio El Petróleo, Barrio Villegas, Puente Cero, El Provenir.
- Cervantes: La Defensa y Virgen de Lujan.
- Cipolletti: Costa Norte, Costa Sur, Labraña, Puente 83, El Treinta, Tres Luces, Ripiera Palito, Ferri, Lalor, María Elvira, Goretti, Cuatro Esquinas, Michi Michi.
- Cinco Saltos: La Armonía; General Perón.
- Allen: Costa Oeste, Costa Este.
- Guerrero: Calle Ciega N° 10.
- Villa Regina: Barrio Santa Rita, Barrio Alberdi, Villa del Parque y Otto Krausse.

Nos centraremos en el caso del barrio Chacra Monte, el cual está localizado aproximadamente a cinco kilómetros del centro de la ciudad de General Roca. Hemos optado por seleccionar para la presente ponencia este caso, dado que

recientes conflictos por demandas de acceso a la tenencia de la tierra y a servicios han visibilizado la apropiación de territorios rurales. La antigüedad del barrio coincide con el asentamiento de migrantes de origen chileno empleados en la fruticultura, por lo que sus transformaciones pueden observarse en la larga duración acompañando las propias transformaciones de la producción frutícola y las diversas necesidades de la población trabajadora rural en la zona.

Los primeros habitantes fueron trabajadores agrícolas sin trabajo estable que ocuparon tierras privadas hasta que la Municipalidad expropia los predios para regularizar el trazado y dotarlo de ciertos servicios. Según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1991, este barrio cuenta con una población de 574 habitantes distribuidas en 146 viviendas, en el 2001 se registran 1293 habitantes de los cuales 664 son varones y 629 mujeres. Según un estudio realizado la mayor parte de la población tanto hombres como mujeres está asociado a trabajos rurales inestables, poco calificados y mal remunerados (Acuña y otros, 1993). En la actualidad en inmediaciones a este barrio se han asentado familias de los descendientes de los primeros migrantes radicados en Chacra Monte, consolidando lo que se denomina “la toma de Chacra Monte”. Estos nuevos territorios demandan al municipio mejoras habitacionales, siendo recurrente en los medios de comunicación las noticias sobre movilizaciones de estas familias peticionando en la ruta 22 o frente al gobierno local, demandas que manifiestan en calidad de “obreros rurales”.

En octubre de 2006 surgió un proceso de ocupación de terrenos abandonados. En principio se tomaron 10 hectáreas de montes que se encontraban improductivos, ubicados cerca del barrio y sobre el margen de calle Canale. Esos terrenos –que forman parte de un total de 50 hectáreas- habían sido adquiridos a principios de la década del 80 por un particular en remate público, pero resultó “que la fracción de tierra estaba ocupada, no era de la calidad publicitada y era imposible ponerse de acuerdo con los ocupantes para lograr el desalojo pacífico de la tierra mencionada” (considerandos Ord. 4318/06). Luego de un largo y complejo proceso judicial el propietario intentó una negociación directa a los efectos de recuperar parte de la tierra, a cambio de lo cual facilitaría la instalación de un “barrio ordenado” en una parcela de 10 hectáreas. El barrio no se construyó, al menos en la forma planificada, y cada uno de los ocupantes mejoró la parcela y la vivienda en el lugar donde la tenía ubicada.

Los “usurpadores” eran obreros rurales que en su gran mayoría ocupaban las viviendas prestadas por los dueños de las chacras en las que trabajaban. Muchas de esas familias empezaron a ser desalojadas de dichas casas debido a las exigencias establecidas en los requerimientos de las Buenas Prácticas Agrícolas que, además de las condiciones en los montes frutales, establece pautas para las condiciones del hábitat de los obreros. Uno de los referentes de la toma manifiesta:

...ya no se puede vivir más en las chacras: ¿por qué? Las buenas prácticas agrícolas piden que haya una vivienda adecuada, que tenga un dormitorio para los hijos, calefacción adecuada, baño, no podés tener

animales. Entonces el empleador opta por desalojar a la familia. Entonces se tiene que ir la gente, a las calles ciegas o a alquilar.

En otros casos eran hijos de habitantes del barrio Chacra Monte en etapa de expansión de sus propias familias cohabitando con sus padres y otros familiares:

“Eramos muchos en la casa, vivíamos en Chacra Monte, pero después me fui a la chacra de B. porque vivíamos muy apretados, mis viejos, mi abuela, mis tíos, vivíamos muy apretados. (Mi papá) juntó un poco de plata y volvimos a Chacra Monte otra vez. Mis viejos querían salir de las chacras por el tema este que es muy esclavizado vivir en las chacras. Lo hacían trabajar a mi papá hasta el sábado a la tarde, desde que salía el sol hasta que entraba el sol”.

El Concejo Deliberante de General Roca, en noviembre de 2006 sanciona una ordenanza por la cual “declara de utilidad pública y sujeto a expropiación” una parcela de 10 hectáreas lindante con el actual barrio de Chacra Monte. En los considerandos de dicho instrumento legal expresa que “desde hace un tiempo, parte de la parcela se encuentra ocupada por familias carentes de recursos para acceder a soluciones habitacionales dignas” y que la “emergencia habitacional en la ciudad de General Roca es una realidad incontrastable y se hace necesario paliar la misma dentro de las posibilidades municipales y en casos verdaderamente excepcionales a los fines de aventar nuevos emprendimientos de esta naturaleza, que de ninguna manera el municipio avala ni va a acompañar” (refiere elípticamente a la toma de la tierra). Alude a que “la tendencia siempre fue, que la gente de los sectores rurales permaneciera cerca de su fuente laboral, como asimismo que la familia no sufriera el desarraigo”.

Posteriormente se remite la citada ordenanza a la Legislatura Provincial con el propósito de impulsar la iniciativa expropiatoria. Prácticamente transcribe los considerandos de la ordenanza, no obstante, en los fundamentos establece que “lejos se está desde esta iniciativa de pretender instar o institucionalizar esta lógica de ocupación inicial (usurpación), expropiación posterior y finalmente la regularización dominial en beneficio de aquellos que accedieron a la tierra mediante *las denominadas tomas*. Es que en este caso, la situación que se intenta resolver lleva más de dos décadas, y no admite mayores dilaciones”.

La celeridad en la promulgación de estas normas –Ordenanza Municipal y Ley Provincial- que involucraron a dos instancias de gobierno -de signo político distinto y habitualmente en posiciones confrontativas- tiene como sustrato una acción colectiva protagonizada por los trabajadores rurales. Los ocupantes de la “toma” se organizaron, constituyendo una Comisión Organizadora de la Toma para petitionar por las tierras. El municipio prometió la expropiación de una parte de dichas tierras ya que el dueño mantenía una abultada deuda de Tasas Contributivas. Sin embargo los lotes ofrecidos no alcanzaban para todas las familias, por lo cual la Comisión hizo un pedido a la provincia por otra cantidad de hectáreas, que en principio fueron denegadas. Ante esta respuesta, los miembros de la comisión decidieron organizar una caminata a la ciudad de Viedma (distante 500 km. de General Roca) para hablar con el gobernador.

La crónica periodística relata “los diez representantes de las familias rurales caminaron más de cien kilómetros y en la localidad de Chimpay fueron interceptados por el legislador Daniel Sartor (radicalismo) quien los puso en contacto con el gobernador Saiz, vía telefónica. La promesa del mandatario fue que tendrían las tierras, siempre y cuando abandonaran la caminata a Viedma. Ese fue el acuerdo, que en este caso (por parte del gobierno) se cumplió. Meses después la legislatura aprobaría la expropiación de 10 has. Este logro permitió que 252 familias tengan su terreno...” (Antena Libre, página web)

El obrero rural siempre estuvo debajo de todo. Es el primer eslabón de la producción frutícola, permitiendo que funcione toda la economía regional. ¿vos viste algún plan de viviendas hecho para los que trabajamos en la chacra? No. Planes existen, pero son para los que ganan más de \$1500 de sueldo en blanco. Ninguno de nosotros entra en ese sistema, por lo tanto nunca podremos anotarnos en un plan de viviendas. Hoy queremos dejar de ser los últimos y reclamar lo que por derecho nos corresponde”. (Antena Libre, página web).

El pasado otoño, la muerte de tres bebés en menos de diez días en la zona rural –en la toma de Chacra Monte, en una vivienda de una calle ciega denominada “Mar del Plata” y en el barrio La Ribera- puso en primera plana de los medios y en la opinión pública, la situación de precariedad en las condiciones de vida de las familias rurales. Y también reactualizó la movilización de los ocupantes de la “ex toma”, hoy legalizada y denominada “Ampliación de Chacra Monte” en demanda por programas de viviendas y las obras de infraestructura barrial (luz y agua). A principios del mes de junio, hombres, mujeres, jóvenes y niños en un número cercano a las 100 personas realizaron una volanteada en la intersección de las rutas N° 22 y N° 6 denunciando la falta de políticas habitacionales en la zona rural. Pocos días después, y debido a la falta de respuesta gubernamental para garantizar el acceso a las viviendas para la totalidad de las familias se organizó una importante movilización desde el barrio.

“No hay registro en la zona de una movilización de parte de obreros rurales que salgan a la calle en busca de sus derechos”. “La jornada del martes puede que quede en la historia de la ciudad como el día en que los obreros rurales lograron que los gobiernos provincial y municipal gobiernen también para ellos. (...) Pero sin duda que será recordada como el día en que las familias más carentes del sector rural marcharon al municipio y al Instituto Provincial de la Vivienda recorriendo más de 10 kilómetros para presionar a los funcionarios en la búsqueda de soluciones” (Periódico La Comuna, 12/6/08).

Chacra Monte, junto a otros barrios rurales de Gral. Roca tienen en sus inicios un porcentaje relevante de población chilena que le dio origen. En entrevistas realizadas, los vecinos suelen afirmar “acá somos casi todos chilenos”, o “este es un barrio de puros chilenos”.

Censos	La Ribera	Chacra Monte	Paso Córdoba	Mosconi
1991	486	574	668	586
2001	605	1293	877	517

Tabla 2: Población total de La Ribera, Chacra Monte, Paso Córdoba, Mosconi, Pcia. de Río Negro, 1991-2001 Fuente: Martha Radonich, según Censo Nacional de Población y Vivienda, 2001, INDEC

Estos barrios fueron modificando su fisonomía inicial hasta alcanzar un trazado similar al urbano, con manzanas en cuadrícula, calles trazadas, servicios e instituciones estatales como escuelas, centros de salud, comisaría, biblioteca y salones comunitarios. Además de estos territorios de residencia en la zona rural, existen las denominadas calles ciegas. Estas están formadas por casas más o menos precarias ubicadas sobre los márgenes de algunos caminos rurales y constituyen un espacio de residencia y de prácticas económicas que se complementan con las desarrolladas en torno a la fruticultura. Representan

“una variante de la vida rural que no suelen aparecer en los trabajos sobre producción, por dos razones: porque sus habitantes ocupan un espacio ilegal que no es reconocido por las autoridades estatales, y porque no necesariamente sus actividades son parte de la fruticultura propiamente dicha. Estos dos elementos definen un modo de reproducir en los descendientes de migrantes chilenos la vinculación entre chilenidad y trabajo rural. Las chacras y las calles ciegas son lugares de producción y de socialización donde se arraigan y desarrollan las familias que son, a la vez, la base organizativa del trabajo en ambos espacios –chacras y calles ciegas– y las transmisoras de los saberes necesarios para reproducirse como trabajadores y como chilenos” (Trpin, 2004: 27).

Algunas reflexiones

A modo de reflexiones finales consideramos en primer lugar que estos migrantes radicados, respondieron a los estímulos y desafíos que le ofrecía la región. Esta circunstancia incidió en la forma en que estos grupos de población elaboraron sus opciones de reproducción en relación a las condiciones impuestas por la organización y producción del sistema frutícola.

Estas territorialidades que se habían caracterizado en décadas anteriores como proveedoras “casi exclusivas” de fuerza de trabajo para el ámbito rural y refugio de migrantes chilenos, tendieron a incorporar otras alternativas para completar las prácticas laborales rurales, ya sea desde las relaciones con el estado o trabajos inestables a término en el espacio urbano. Además, el crecimiento poblacional de los espacios dejó de ser producto de la llegada de migrantes y proyectarse por la extensión de las familias existentes, conviviendo en los predios unidades domésticas emparentadas.

Ejemplo de ello es el relato obtenido de una migrante chilena residente del Barrio Santa Rita de Villa Regina. Durante una recorrida por sus calles nos comentó que junto a su esposo fueron primeros pobladores, que “el barrio eran unas dos manzanas, después todo yuyos”. En la actualidad residen en el mismo asentamiento dos hijas nacidas en la Argentina, una de las cuales vive con su familia en un predio en el que observamos una casa de material y en la parte delantera una despensa; en el mismo terreno el yerno de la señora de origen chileno acopia leña para vender a los vecinos, la cual obtiene de los frutales talados en las chacras contiguas. Este hombre se dedica a esta actividad porque, según la informante “se cansó de trabajar por poca plata en las chacras”. Al tiempo que los pobladores de estos barrios realizan actividades económicas por fuera del empleo en las chacras como vender leña o tener una despensa o quiosco, o realizar venta de ropa en la vereda -como observamos en la esquina de una escuela primaria del Barrio Chacra Monte-, también obtienen planes asistenciales a los que no accederían dentro de las chacras.

Podemos considerar que “este proceso ha sido acompañado por la asignación de planes y beneficios sociales a escala local, (...) difundándose la presencia del estado en su rol asistencialista dentro del ámbito rural, en pos de minimizar los efectos de las desocupación y de la reestructuración productiva” (Trpin, 2004: 581).

Ante esta situación y en un marco de reestructuración productiva, ¿en qué medida y de qué manera se vieron afectados los trabajadores que dieron lugar a estas territorialidades? ¿qué estrategias son las que deben elaborar estos asalariados rurales en su reproducción social?, ¿qué diferencias se observan en estos territorios?.

Esta realidad da cuenta de relaciones sociales globales y nos coloca ante la reestructuración de los sistemas agroalimentarios. En particular, espacios como el valletano de agricultura intensiva que deben responder a las exigencias impuestas por una economía competitiva y global. Es así que esta especificidad local no se restringe a los límites de los asentamientos, del valle de los ríos Negro y Neuquén, sino que va mucho más allá, “La historia de la producción de un hecho desencadena

un proceso mucho más amplio, que coloca el fenómeno en contextos cada vez más amplios” (Santos, 1996: 56).

Los trabajadores que llegaron al Alto Valle rionegrino y dieron lugar a estas territorialidades, que se caracterizaron por ser migrantes asalariados/as que se insertaron como peones generales, podadores, cosechadores/as, empacadores/as ven perder las oportunidades de trabajo junto a sus hijos, quienes tenían como perspectiva reemplazarlos. Ven incrementar su riesgo y vulnerabilidad social, en un marco de incertidumbre de encontrar trabajo o no, ante las condiciones impuestas por una nueva realidad. Desde la década de los noventa se produce una transformación en la socialización laboral, que deja de ser una práctica que se trasmite de generación en generación. Son obligados a reelaborar permanentemente sus prácticas para insertarse en los intersticios que le ofrece la realidad.

La complejización de los procesos de producción, deben ser el contexto para comprender los cambios y las respuestas de estos sujetos sociales, a la imposición de las situaciones socioeconómicas globales que condicionan la vida cotidiana de estos individuos. Entretanto se podría afirmar, que en distintos momentos históricos de estas territorialidades, se refleja el devenir del tradicional Alto Valle del río Negro. Las diversas prácticas de reproducción de las familias migrantes han estado presentes y en la actualidad resultan alternativas válidas en un contexto creciente de desempleo y pobreza, a la vez de modernización productiva y concentración del capital.

Referencias

- ACUÑA, M., FACCI, M., JUAREZ, C., et.al, (1993). Evolución y Características actuales de los asentamientos de población en el medio rural. El caso de Mosconi, La Ribera, Chacra Monte y Paso Córdoba. Trabajo dirigido por Lic. Kloster, E. Depto. de Geografía Facultad de Humanidades UNCo. Mimeo.
- BENDINI, M y PESCIO, C. (Coord.) (1996). Trabajo y cambio técnico. El caso de la agroindustria frutícola del Alto Valle. Colmena. -GESA-UNCo. Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. (2007). *El Sentido Práctico*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- CASTLES, S. y MILLER, M. (2004). La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno. México: Universidad Nacional de Zacatecas. (On line). Disponible en www.migracionydesarrollo.org
- CASTILLO, J. (2003) La Sociología del Trabajo Hoy: la Genealogía de un paradigma. En de la Garza Toledo E. (coord.) *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. F.C.E. México.
- de la GARZA TOLEDO, E. (2003). Introducción. El papel del concepto del trabajo en la teoría social. En de la Garza Toledo E. (coord.) Op.cit.
- de OLIVEIRA, O. y SALLES V. (2003). Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo. En de la Garza Toledo E. (coord.) Op.cit.
- HAESBAERT, R. (2004). O mito da desterritorializacao. Do “Fim dos territorios” à Multiterritorialidade. Bertand. Brasil. Río de Janeiro. Brasil.
- KLOSTER, E, (dir.) RADONICH, M. STEIMBREGER, N., VECCHIA, M. Et.al. (1992). Migraciones estacionales en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén en el último decenio. Dpto. de Geografía, Facultad de Humanidades. UNCo. Informe final. Mimeo.
- MERLI, R.y NOGUÉS, C. (1996). Evolución de la rama frutícola del Alto Valle. Configuración de la estructura actual. En Bendini, M. y Pescio, C. Op.cit.
- PIORE, M. (1979). *Birds of passage: migrant labor and industrial societies*. Cambridge University Press
- RADONICH, M. (2004). Asentamientos y trabajadores rurales. Una historia y un presente en el Alto Valle del río Negro y del Neuquén. Tesis de Maestría en Sociología Rural Latinoamericana, FADECS. UNCo. Mimeo.
- SASSEN, S. (1988). *The mobility of labour and capital*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ, E. (1981). *La Geografía y el espacio social del poder*. Amelia Romero, Barcelona.
- SANTOS, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Oikos-Tau. Barcelona. Madrid.
- SCHIAVONI, G. (1995). *Colonos y ocupantes*, Posadas, Universitaria-UnaM, 1995.
- STEIMBREGER, KREITER y RADONICH, (2006). Reestructuración productiva y organización social de la agricultura en nuevas áreas de expansión. Ponencia presentada en el VIII° Congreso Argentino de Antropología Social. Salta.

SUAREZ NAVAS, L. (1998). Dinámica y política de invisibilidad. Ley, vigilancia y racionalización de agricultura. En *Migraciones*. N°4. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas

TRPIN, V. (2004). Cuando el trabajo no alcanza. Reproducción social de familias chilenas en el norte de la Patagonia. En *Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 18, N°55. CEMLA: Bs. As.

TRPIN, V. (2004). Aprender a chilenos. Identidad, trabajo y residencia de familias migrantes en el Alto Valle de Río Negro. Buenos Aires: Antropofagia-IDES.

VAPNARSKY, C.(1983). *Pueblos del Norte de la Patagonia*, Editorial de la Patagonia. Gral. Roca.

Otras fuentes:

Periódico La Comuna (General Roca). 2008

Radio Antena Libre. Página web www.fade.uncoma.edu.ar/medios/antena